

Laureano
Albán



Diálogo de monólogos

Primero, Francisco Escobar clama, en su "CARTA A NUESTROS POETAS", por la palabra liberadora, "y afirma que la llave de los pueblos siempre está en la palabra". Y el editorialista de EXCELSIOR le responde que se equivocó de puerta, que busque la respuesta en las puertas del pueblo y no en las de los poetas. Jiménez Veiga, interviene, exclamando, con el pragmatismo característico de su generación, que no es la palabra de los poetas la que logra encender el "fuego de la dignidad popular".

Entonces Escobar regresa con un extenso artículo lleno de referencias económicas y sociológicas, como para demostrar que él también está enterado de los "indicadores técnicos" de la realidad nacional.

Por último, Alfonso Chase, con la habilidad autopromocionante que todos, sin discusión, le reconocemos, aprovecha la coyuntura para calificar a los demás poetas costarricenses de inauténticos y vendidos, y se sitúa más allá del bien y del mal, como el único puro, como el único que tiene derecho de cantar a "Chile o a Viet Nam", como el "superultra auténtico", el incorrupto, dedicado a la mesiánica y altruista labor de promotor y traductor sacrificado de la nueva literatura costarricense. "Cosas veredes Sancho".

Y después de esta cadena de indignaciones, reprimendas, pragmatismos, justificaciones y autopromociones, ¿qué diablos nos queda claro? Sin dudas, Macondo es poca cosa, poca cosa ante estos diálogos y contradialogos, donde lo que más destaca es que cada autor está hablando solo, oyendo únicamente lo que le interesa oír de acuerdo a su "deformación profesional", sin entender nada de lo que dicen los otros.

La chispa inicial que Escobar encendió, cada uno de los siguientes la quiere hacer arrumbar por los caminos que le interesan, adulterándola, y malentendiéndola, de acuerdo con sus particulares deseos personales, nada más.

El angustioso grito de Escobar parece surgir de las páginas del antiguo testamento, en una bíblica búsqueda de la verdad trascendental; se le siente algo así como un "anacronismo" desubicado, en medio de los seudovalores propios de la cultura de masas que padecemos, de la tecnocracia dependiente que soportamos.

El asunto es dramáticamente sencillo, aterradoramente sencillo, el tecnócrata, el "técnico bárbaro" de Ortega y Gasset, no ha podido otorgar una coherencia evolutiva trascendental al problema del destino y de la realización humanas.

Bajo la hegemonía de la tecnocracia, en el apogeo generalizado de la cultura de masas, y en esta atmósfera social contemporánea cocacolonizada o socializada hacia la simplificación y el adoctrinamiento espiritual, donde el hombre y la sociedad valen por los bienes y el poder materiales, solamente, y no por sus valores esenciales y perdurables, los poetas, los verdaderos artistas, los pensadores y los filósofos, son inevitablemente marginados, y poco se les permite hacer ante los todopoderosos medios de comunicación de masas al servicio de los simplismos que sostienen la sociedad de consumo.

Así las cosas, en las sociedades opulentas de las metrópolis superdesarrolladas económicamente, se han generado, por oposición, anticualturas liberadoras que atraen magnéticamente a las juventudes, quienes buscan una verdad esencial,

realizadora del ser y de la comunidad, en una certidumbre más firme y más plena que las imágenes publicitarias y artificiales del "shopping center" y de la sociedad de consumo en general.

Es sintomático que la juventud estadounidense y europea, según recientes estudios, esté volviendo a leer poesía, asistiendo a recitales y librerías en búsqueda de los poetas; sencillamente porque ellos, los verdaderos poetas, les ofrecen algo más íntimo, realizador y esencial, que la superficial narrativa de espacios, fundamentada en intereses materialistas de análisis sociológico, la cual ha reinado en un "BOOM" de modas e intereses editoriales, durante las últimas dos décadas. En los países industrializados, luego de dominar en gran manera la circunstancialidad material, el hombre se está volviendo, lleno de sed, hacia el yo y el nosotros esenciales, hacia el interior desconocido del hombre mismo.

En nuestros países, los llamados "en vías de desarrollo", el asunto tiene características bien diferentes. Aún estamos enfrascados en la lucha contra el colonialismo, la miseria, la desigualdad, la dependencia y las injusticias sociales. Y el esfuerzo en este contexto, es en gran parte, necesario para la participación y la realización de todo hombre auténtico. El "yo" en nuestro medio tiene necesariamente que proyectarse, de acuerdo con cada talento o habilidad personal, en gran manera, hacia la acción política liberadora del "nosotros" social.

En esta lucha social permanente algunos poetas creemos con firmeza que también "la poesía es un arma", junto al fusil o las urnas o las manifestaciones populares, pero que la poesía no debe limitarse solamente al asunto social, puesto que debe hacerlo partir de la autenticidad realizadora del ser, en una dinámica transcendental que vaya más allá de las circunstancias.

Es útil la "poesía impura", tal como la llamó Neruda, para encender o para avivar la conciencia de una lucha, que debe ir mucho más allá de la lucha inmediata misma, hacia la realización plena e integral del hombre.

La respuesta de los poetas a la carta de Escobar, sólo se la daremos plenamente en nuestras obras. No se la podremos entregar con estos articlejos periodísticos, sino con nuestras obras proyectadas más allá de nosotros mismos, más allá, en el tiempo y en el alcance, de nuestra vida concreta y circunstancial de hombres.

La respuesta a Jiménez Veiga, dentro de la aparente básica honradez de su intervención, pareciera que se la está dando la creciente ineficiencia de un sistema político que aceleradamente se vuelve obsoleto en nuestro país. El reformismo parcial y el pragmatismo clásico de todos, absolutamente todos los gobiernos de los últimos veinticinco años, en Costa Rica, es cada vez más cuestionado, menos eficiente, y genera un, por ahora, silencioso descontento que se generaliza en las masas, y un análisis crítico cada vez más coherente, de parte de la intelectualidad costarricense.

El llamado "pluralismo ideológico" de nuestra sociedad, pareciera que está llegando a un nivel de inoperancia integral, a un momento en que a la burguesía en el poder se le están acabando las fórmulas y la imaginación, para mantenerse en su posición privilegiada.

Aunque le moleste a algunos "ultras", en varias oportunidades he insistido en que

las condiciones objetivas del estado actual de la conciencia popular, por ahora sólo permiten un gobierno tal y como lo tenemos; que este gobierno es, dichosa o desgraciadamente —siendo fríamente objetivos— parte de un tránsito que no podemos ni debemos saltarnos, hacia un futuro gobierno de verdadera participación popular. No es nuestra manera de avanzar el "quemar etapas". Gústenos o no, los costarricenses, como pueblo, tenemos nuestra forma de hacer las cosas. Y eso no se va a cambiar con verborrea ultra-radical. Es algo real e inherente a una particular idiosincrasia nacional, que perdurará mucho más allá de nuestra futura organización socialista. Pueda que algunos intelectuales desbarren en otro sentido, radicalizados; pero eso servirá solamente para que se sientan y justifiquen más como "superultra auténticos", y no va a cambiar un ápice nuestra manera de arribar al futuro. Estemos seguros.

Es necesario que cuestionemos el status, en aquellos aspectos ideológicos y operacionales que lo ameriten, pero con encausada indignación, haciendo siempre de la acción política "el arte de lo posible"; o de lo contrario, sólo le estaremos haciendo el juego a nuestros enemigos.

La respuesta a Alfonso Chase nace de la reacción del lector ante la autoapología de sus altruistas virtudes, existenciales y comunales, que se hace a sí mismo en su artículo. Nos acusa, imprecisamente, a los demás poetas de corruptos y vendidos, como si nuestras vidas puedan juzgarse desde una perspectiva tan externa y superficial como la que emplea. Creo que Chase y todos lo conocemos, no es el más indicado para lanzar la primera piedra. La autenticidad de un poeta, de un intelectual, inmersa es una realidad circunstancial inevitable, si desea realizarse como hombre pleno y normal, en todas las perspectivas que ello impone, no es un superficial valor absoluto, y sólo cada uno de nosotros sabe, en su fuero interno, hasta donde es auténtico o no. Creo que no estamos en el Nirvana ni mucho menos, estamos forcejeando con una realidad no ideal, que a todos nos impone esos fuerzas de alguna clase, angustias y retos de alguna clase. Ningún intelectual costarricense, ningún costarricense en general, está "más allá del bien y del mal", como una especie de ángel puro y sin anclas en la vida, como se quiere pintar Chase. Algunos optamos por el compromiso y el esfuerzo de intentar ser hombres a plenitud, por realizarnos también como padres y como hombres, porque sabemos que así podremos ser más poetas integrales y verdaderos. Otros escogen —quizá porque no pueden hacer otra cosa— la egoísta comodidad de ser "ellos y su sociedad", con todas las libertades fáciles que esto conlleva, con los pocos y pobres retos circunstanciales que dicha situación ofrece. Los que transiten por este segundo camino, limitado y castrante, tienen su derecho de hacerlo, no me interesa querer imponerles mi patrón vital; pero asimismo les exijo el respeto que practico para con ellos. Ni Chase ni nadie es el exclusivo depositario de la autenticidad en nuestro país. Esa actitud me recuerda a la burguesita de la tira cómica de Mafalda, que inventa y busca siempre desesperadamente defectos y maldades en los demás, para sentirse así ella más buena y más noble. Falsa manera de asegurar, ante sí mismo y ante los demás, la propia autoestimación, artificial forma de apuntalar la insegura imagen de sí mismo. Hablar más de este asunto ya sólo sería chismografía personal literaria, y no me interesa, salvo que me vea obligado a ello.

En definitiva, la discutida "CARTA A NUESTROS POETAS" de Francisco Escobar, ha tenido una virtud poco común en nuestro medio, puesto que a pesar de la limitante subjetividad de los comentarios que despertó, ha puesto sobre el tapete aspectos fundamentales de la actualidad, la idiosincrasia y el trasfondo ideológico de la sociedad costarricense. El artículo de Escobar ha superado la superficialidad barata tan usual en nuestros columnistas, y por ello, paradójicamente, ni le han entendido bien su asunto central, ni lo han dejado "hablando solo".

Bueno, siempre será mejor, cuando menos, intercambiar monólogos que intercambiar silencios.